CAPÍTULO VII

En la Casa de Campo

I

Los fugitivos que dejamos dormidos en Torrelodones despertaron sobresaltados al oir el redoblado son de un tambor que indicaba la proximidad de una guerrilla española.

El duque de Nueda entreabrió la ventana para ver si era posible escapar todavía, pero vió que la partida tenía rodeada la casa.

Felipa no había perdido del todo su tranquilidad y le dijo:

—No nos apuremos, veamos si nos dirán nada.

Pero apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando llamaron á la puerta:

—Señor,—dijo el ventero,—tenga usía la bondad de bajar en seguida con esa señora, pues acaba de llegar una partida que viene en busca de usías.

Era imposible pensar en oponer la menor resistencia.

—¡Valor!—exclamó Felipa.

El duque, muy abatido, abrió la puerta y bajó las escaleras seguido de la joven.

En el zaguán estaba el jefe de la fuerza, que no era otro que Lorenzo, el que vimos en la venta del Guadarrama cuando el rapto de Julia de Montespino por las gentes de la condesa de la Chategneraie.

—Señor duque,—dijo en tono respetuoso el capitán de la guerrilla,—me veo en la precisión de detener á usía y á la señorita á quien usía acompaña; la orden recibida es de conducirlos á ambos hasta Madrid, donde serán entregados á determinada autoridad, pero como faltan todavía algunas horas para entrar allí hasta que hayan salido los franceses, nos dirigiremos á la Casa de Campo, donde se van reuniendo las guerrillas de los alrededores.

—Estoy á vuestras órdenes, capitán,—replicó el duque,—pero os ruego guardéis á la señora que va conmigo las consideraciones que merece quien es inocente de toda culpa.

—No era precisa semejante recomendación, señor duque, además de que no hay motivo alguno para que se os crea causante de ningún daño. Seguid, pues.

Alboreaba con todos los encantos de una mañana de mayo y la naturaleza convidaba más bien á las dulces emociones de la paz que no á los fieros sentimientos de la guerra. Los guerrilleros, alegres ante la expectativa de la próxima entrada en Madrid y henchidos de la más pura satisfacción, miraban sin encono ni mala voluntad á los detenidos, despertando en ellos más bien maliciosos pensamientos que no malos propósitos la vista de la enamorada pareja.

—Podéis seguir los dos en vuestro coche,—le dijo Lorenzo al joven duque;—el camino es largo y la señora podría cansarse ó temer por vos si no os veía á su lado.

—Gracias, capitán,—contestó el duque.—Quedo muy obligado á vuestras atenciones.

II

Solos en el carruaje el duque y Felipa, dijo ésta:

—¿Cómo habrá podido ser eso? Mi padre era incapaz de tomar una resolución tan extremada, ni tiene conocido alguno por estos pueblos que haya podido enterarle de habernos visto.

—Los tiene la marquesa,—contestó el duque, cuyo nombre era Luis.—Ella ha sido, no me cabe duda.

—¿Pero tiene poder la marquesa para enviar en nuestra busca las guerrillas españolas?

—Nadie sabe más que nosotros sus relaciones con el rey José, lo cual le permite ser amiga de todos los personajes adictos á la causa fernandista.

—Imposible parece tanto disimulo. ¡La querida del rey José no ser conocida de los partidarios del rey Fernando!

—Sólo puede ocurrir eso tratándose de mujer tan astuta é insinuante como es ella.

—¿Y qué querrá ahora de nosotros?

—Esto es lo que estaba yo pensando: decir que soy afrancesado no es cosa nueva, siendo, como he sido, alto funcionario de palacio, ni hay que figurarse que pueda yo ser objeto de venganza alguna por parte del pueblo, que de seguro guardará con los comprometidos con el nuevo régimen la consideración debida á los vencidos. Todo me hace sospechar que la marquesa quiere que me entreguen en sus manos.

—¡Oh! ¡Para causar tu muerte!

—No será, Dios mediante. Pero si por mi parte no abrigo temor alguno, siento espantoso temor al pensar en lo que va á ser de ti, entregada por la fuerza á tu familia. Esta es la verdadera venganza de la marquesa.

—¡Antes me mataré yo misma! No por mis pobres padres...

—¡Oh, sí, Juliana!

—¡Qué carácter el suyo! Todo lo sabía y callaba.

—Queda un solo medio para desarmar su cólera. Sí, y yo lo encontraré. Bastará que, bajo mi palabra, me dejen libre un cuarto de hora así que estemos en Madrid.

—¿Mi hermana atenderá á nadie?

—Atenderá á quien yo sé.

—Ella, tan fanática por la causa de la independencia, querrá tomar en mí terrible venganza de mi amor hacia tan significado amigo de los franceses como eres tú. Creerá deshonra para la familia lo que es para mí título de gloria...

—Estoy cierto de lo que te digo: Juliana tendrá que recibirte sin demostrar el menor desvío si logro poner en planta lo que intento.

—Si es así, Dios lo quiera, porque no es la muerte lo que temo, sino perderte, perder á mi amor, perder á mi esposo adorado...

—La duquesa de Nueda no se separará de su esposo sino por la muerte de éste,—murmuró Luis sonriendo dulcemente.

III

Empezaban á divisarse los bosques de la Casa de Campo, formando como un cuadro oscuro sobre aquel árido terreno; llegaban distintos hasta el coche los ecos de cornetas y tambores y oíanse toques de marcha por distintos puntos.

Multitud de carruajes escoltados por caballería francesa pasaban por la carretera que conducía al Escorial, perpendicular al camino de atajo por donde trascurría la partida de Lorenzo.

Por fin llegaron á las cercas de la Casa de Campo, presentándose al entrar en la posesión la animada escena de un campamento.

Habíanse reunido allí infinidad de partidas cuyos individuos formaban corros bajo la sombra de los árboles, cantando, riendo, jugando ó entregados á los más positivos goces de saborear la recién cogida y ya aderezada caza.

La entrada de la partida de Lorenzo fué saludada con vivas y aclamaciones, como sucedía cada vez que se presentaba alguna con sus jefes al frente; allí estaban Palarea, Abril, Chaleco, Gómez, Fermín, el Abuelo, San Martín y otros menos importantes.

A la voz de ¡alto! dada por Lorenzo, detúvose su gente y bajaron del coche el duque y Felipa, presentándose en seguida un edecán á avisar á Lorenzo se presentase al *general*.

El capitán fué conducido á orillas del estanque, donde se veía un mariscal de campo que hablaba con un jinete vestido de paisano,

Llegado á su presencia, saludó Lorenzo á su superior, cuyo aire marcial y tostado rostro revelaban en él á un militar avezado á la vida de campamento.

—Tengo mucho placer en conocer personalmente al bravo capitán de los guerrilleros del Guadarrama, y no me son ignoradas las altas pruebas de generosidad y nobleza que tiene V. dadas en repetidas ocasiones,—dijo el jefe.

—Gracias, mi general,—repuso Lorenzo;—nunca he hecho más que lo que el honor y el bien de la patria prescribían.

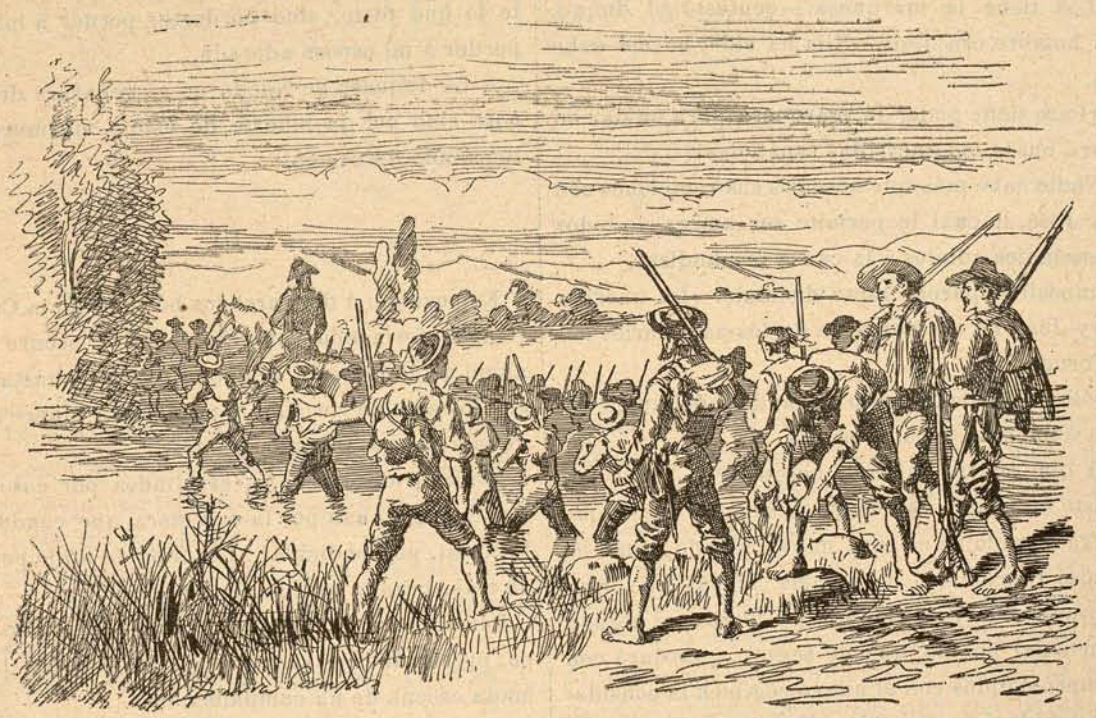
—¿Habéis traído aquí á dos personas detenidas esta madrugada?

—Sí, mi general.

—¿Dónde ha sido?

—En Torrelodones.

—¿Por orden de quién?



El capitán fué conducido á orillas del estanque...

—Del señor general duque del Principado.

—¿Tenéis orden de entregar los presos á alguna autoridad militar?

—La orden es de dejarlos detenidos en palacio, á disposición de dicho señor duque ó de la persona en quien delegue sus veces.

—Esa orden no puede llevarse á efecto por no tener jurisdicción en Madrid el señor duque del Principado. Por lo tanto, me entregaréis al momento á los detenidos como comandante general del ejército de ocupación de Madrid.

—Quedan desde este momento á vuestra disposición, mi general.

—Bien está. Haréis entrega de ellos al comandante gobernador del campamento y haréis presente al duque de Nueda que comparezca aquí para enterarle de su suerte.

—A la orden, mi general.

Retiróse Lorenzo y el general le dijo entonces al jinete:

—Aguardaos donde no os vea el duque.

IV

No tardó en presentarse el caballerizo mayor, hasta entonces, del palacio de José.

El general le fué al encuentro y le alargó la mano.

El duque de Nueda quedó sorprendido al reparar en su fisonomía, conociéndose que no recordaba bien quién era aquel personaje.

—Vuestro padre, D. Luis,—dijo el general,—fué buen amigo del mío, y no estaría bien que el hijo del general Miranda consintiese ú ocasionara el menor daño al hijo de un correligionario republicano de 1795.

—¡Vos sois D. Fernando Miranda, el general que tanto ha hecho en esta guerra y en la de Rusia!

—Nada de particular he hecho, D. Luis; pero de todas maneras celebro que mi buena suerte me haya proporcionado esta coyuntura para serviros en algo.

—Mil gracias, general.

—Dejaos de eso y llamadme sencillamente Miranda; pero vengamos al caso: una persona á quien estimo sobre todo lo del mundo, acaba de escribirme, noticiosa de que á instancias de la marquesa de Montefuego, querida de vuestro rey...

—¿Sabíais eso?

—Puesto que lo digo... Que á instancias de la marquesa y valida de una orden en blanco del duque del Principado, antecesor del buen Bonaparte en sus favores...

—Brujo sois, sin duda, mi querido Miranda...

—Se había mandado deteneros donde se os encontrase á vos y á la joven que iba con vos, camino de Francia, con encargo de que se os dejase arrestados en palacio. La hermana de esa joven ha ido á encontrar á la persona de quien os he hablado, rogándole hiciese lo posible para que Felipa no volviese á poner los pies en Madrid, ó de lo contrario, que fuese para ir encerrada en un convento.

—¡Imposible eso!—contestó el duque.—Pueden matarla, pero no obligarla á ser monja. Felipa es mi esposa desde hace un año, y si hasta ahora ha sido un secreto nuestro enlace, deja de serlo ya para siempre desde este momento.

—Juliana se ha mostrado inexorable respecto á sus intenciones para con vuestra esposa, tachándola de ser el baldón de su familia; pero afortunadamente es tan clara y notoria la adhesión de ésta á nuestra causa, que no es menester que ningún terrible castigo ni penoso extrañamiento caigan sobre Felipa para que nadie crea á los padres y hermanos inmiscuídos en lo más mínimo en los amores y aficiones de vuestra mujer.

—Tenéis razón en eso.

—Debo deciros ahora, mi querido duque, que aun prescindiendo de la consideración, que he tenido muy presente, de la amistad y comunidad de ideas de nuestros padres, bastábame saber que se os perseguía por orden de la marquesa para interesarme en vuestro favor, aun perteneciendo como pertenecéis al bando de los napoleónicos.

—Soy napoleónico por no haber republicanos y repugnarme ser borbónico.

Miranda le miró con altivez y contestóle:

—Tampoco soy yo borbónico y no obstante no me he pasado al bando del usurpador. ¿Dónde veis al rey Fernado en nada de lo que hacemos? Guíanos sólo el sentimiento del patriotismo y la justicia de nuestra causa al no querer que se nos imponga á la fuerza una cosa que quizás de otra manera hubiera tenido efecto.

—Yo creí obrar en bien de la patria portándome como lo hice,—contestó Luis.

—No os lo niego,—contestó Miranda,—pero anduvisteis equivocado al confundir la causa de la democracia con la del usurpador.

—¿Qué usurpador es éste ante quien se humilla el rey Fernando pidiéndole, como quien pide limosna, que le conceda la mano de una Bonaparte y que le declare su hijo adoptivo? ¡Triste oficio el vuestro! ¡Defender no á un Bonaparte, sino á un aspirante á Bonaparte-consorte!

—¡Os repito que no nos batimos por el rey, sino por España, por la nación, por la libertad!

—Eso vos, pero no otros.

—Todos, pero tiempo tendremos para aclarar eso. Os decía, pues, que me bastaba saber se os perseguía á instigación de la marquesa de Montefuego para que yo me interesara en favor vuestro. Téngola asaz conocida á esa señora; ella fué quien, cuando era regente el duque del Principado, estuvo á punto de llevar á cabo aquel embrollo de una conferencia entre emisarios de José Napoleón y representantes de las Cortes de Cádiz; ella quien tuvo valimiento para que se nombrase al traidor canónigo Peña, alma de aquella intriga, vicario general castrense de Galicia; ella, ahora mismo, quien trata de sobornar al ejército del duque del Parque para que se pase á vuestro bando y proclame rey á José I. ¡Á buena hora, vive Dios! Bastábame, por lo tanto, saber de qué parte os venían las persecuciones para que creyese un deber de conciencia ponerme de vuestro lado.

V

El duque de Nueda miraba á su interlocutor sin poder disimular la sorpresa que le causaban sus palabras.

—Todo lo que habéis dicho es cierto,—repuso,—y precisamente lo último á que os habéis referido ha motivado mi huída de Madrid, pues yo mismo fuí quien desbarató el complot. Más que los guerrilleros debiera haberme mandado perseguir el pobre general Hugo, á quien se dió á entender que era negocio concluído, cuando ni por un momento tuvo visos de posible realización. Pero permitidme ahora os manifieste que me deja asombrado la exactitud de todas vuestras confidencias.

—Y sin embargo, nada más sencillo que la manera cómo han llegado á mi noticia. ¿Habéis oído hablar alguna vez á la que es hoy vuestra esposa, de una novicia de las Salesas llamada Carmen Ramírez?

—¿La protectora de Juliana?

—Esa misma; pues Carmen Ramírez es mi futura mujer y tiene medios para escribirme todo lo que sabe.

—¿Y lo sabía por Juliana?

—Por Juliana, que encontraba en el devocionario de Felipa las cartas que le escribíais vos y que ella guardaba allí; pero no es esto lo único, perdonad que os lo confiese, sino que más de una vez habéis creído estar hablando con Felipa y no era ella, sino otra prodigiosamente parecida á vuestra amante en la figura y en la voz. Reconozco que era abusar de vuestra confianza, pero haceos cargo de que todos los medios son buenos cuando se trata de conjurar los peligros que amenazan á la patria.

—¿Á qué ocultaros ya nada, cuando veo que lo sabéis todo? Mis relaciones con la marquesa datan de algunos años, cuando estaba su marido de capitán general de Cuba, y duraron hasta el momento mismo en que ví á Felipa, en que dejé de querer para siempre á Dolores. Ella, por su parte, no tardó en corresponder á las galanterías del rey José, por más que intentara persuadirme de que no existían semejantes relaciones, que se hicieron bien patentes cuando la marquesa se encontró en estado interesante y el rey reconoció secretamente como suya aquella niña. El rey exigió de mí que diera mi mano á su favorita y ésta me juraba que había sido violentada por nuestro dueño y señor, y que yo era el único hombre á quien amaba. ¡Engaño y mentira todo! La marquesa se hubiera consolado muy bien de su fugitivo Eneas á no haberse sentido herida en su orgullo. La idea de que su antiguo amante la había abandonado para entregar su corazón á una humilde y pobre costurera, era lo que le había hecho sangre, lo que la había ofendido mortalmente. Acabó por ser mayor que nunca su odio al saber que yo había desbaratado sus intrigas poniendo sobre aviso al duque del Parque y á sus honrados generales de lo que se estaba tramando; yo, Miranda, pertenezco al partido francés, pero aborrezco las traiciones. No había tiempo que perder, la marquesa contaba con altas influencias en los dos campos y no acerté mejor solución que huir de Madrid y trasladarme á Francia para sincerarme de cuantas acusaciones se me pudiesen dirigir.

—No esperaba menos de vos,—dijo Miranda.—Ved ahora qué resolvéis que os parezca lo más acertado.

—Si puedo creer que estamos en libertad mi esposa y yo, os diré lo que he determinado.

—Libres estáis.

—En este caso, y antes que nada, firmaré una declaración reconociendo la soberanía única de la nación española; bien veis que será espontánea de este modo mi profesión de fe.

—Nadie podrá acusaros de haber obrado por interés.

—Os ruego que entreguéis á la familia de Felipa dicha acta, juntamente con la fe de matrimonio.

—Lo haré gustoso.

—Hecho esto, desearía trasladarme á Cádiz y desde allí á Inglaterra.

—Apruebo vuestro pensamiento y podéis desde este instante ponerlo todo por obra.

Así fué; Miranda guardó cuidadosamente los dos documentos que le entregó el duque, y éste y Felipa salieron al mediodía de la Casa de Campo con dirección á Aranjuez, viendo desde lejos las numerosas cúpulas y torres de las iglesias de Madrid y la gigantesca mole del palacio de Oriente, testigo á aquella hora de la más descomunal confusión y baraúnda.

Este desenlace tuvo, afortunadamente pacífico y moral, aquella fuga de los paternos lares que ame-

nazaba terminar trágicamente, de lo cual se deduce que no siempre queda en este mundo triunfante el vicio y apabullada la virtud, sino que también se dan casos, como en los antiguos libros escritos según le *vieil jeu,* de haber muchachas bonitas que hacen perder la cabeza á los duques y los llevan mansamente al redil de la vicaría, obligándoles á cantar la palinodia de sus extravíos políticos ó filosóficos.

CAPITULO VIII

Estética

I

Mientras fuera de Madrid ocurrían las escenas que acabamos de relatar, acaecían en el seno de la capital otras radicalísimamente distintas.

No había quedado en toda la corte coche ni acémila por embargar, desde el carretón á la calesa, desde la berlina al bombé, desde la carreta á la galera, desde el carro á la carroza de marfil. Todos los afrancesados de más viso corrían afanosamente á las plazas de la Armería, Palacio y Oriente, donde se organizaba el inmenso convoy en que habían de salir de Madrid la guarnición, los empleados y los comprometidos, entre cuyo número figuraban hombres de no escaso mérito, malamente seducidos por el régimen bonapartista, entre otros, si bien se encontraban ya muchos en Francia, Meléndez Valdés, Cambronero, Moratín, Salas, Hervás, Silvela, García Suelto, el abate Marchena, Burgos, Reinoso, González Arnao, Melón, Amorós, el célebre D. Domingo Badía y Leblich (Alí-Bey), el retórico Hermosilla, D. Alberto Lista, Muriel, Miñano, Estala, Llorente, etcétera, tan sabios, tan ilustrados, tan doctos, tan excelentes como se quiera, pero inferiores bajo todos conceptos á Quintana, Toreno, Martínez de la Rosa, Capmany, Muñoz Torrero, Villanueva, Isidoro Maiquez, Argüelles, Gallardo, Sánchez Barbero, Alcalá Galiano, Saviñón y otros mil, leales á la causa nacional.

Decíamos, pues, que estaban las plazas inmediatas al palacio real atarugadas de todo linaje de vehículos, siendo indescriptible la confusión y espantoso el pánico que reinaba, creyéndose que de un momento á otro iba á presentarse ante las tapias de la capital el ejército del duque del Parque. —*¡Sálvese quien pueda!*—tal era el grito general.

Y sin embargo, no había quizás motivo para tanto, ya que los franceses en aquella tercera ocupación «no eran ya,—dice el amenísimo Mesonero Romanos,—aquellas tropas altaneras y despóticas de 1808 y su presencia en la capital no causaba ya el terror ni el espanto del vecindario. Los reveses de la guerra prolongada habíanles dado á conocer lo precario de su dominación y el vecindario de Madrid se inclinaba á mirarlos como huéspedes transitorios y en modo alguno como tiranos dominadores.»

Pero si hasta entonces no había motivo para pegarles cuatro tiros á cada uno, húbolo para llamar sobre ellos todas las maldiciones del Erebo infernal según la manera juanillonesca, afanatriz, timadora y rampantísima cómo se despidieron, dando lugar á uno de los más escandalosos entre todos aquellos *ilustres pillajes* de que hablaba Pablo Luis Courrier.

II

Las órdenes de arrebatarlo todo comunicadas por *Pepe Botellas* al general Hugo, no pudieron, empero, tener todo el efecto apetecido á causa de haberse llevado bonitamente, ya de antes, Murat y Soult, mucho y bueno; pero tantas eran nuestras riquezas, que á pesar de lo abundantemente que habían vendimiado Soult y Murat en la viña de los cuadros españoles, propiedad de los españoles, todavía el rebusco era asaz apetitoso.

Dirigía con gran pericia los pillajes uno de los principales afrancesados, empleado en la Real Academia de San Fernando por obra y gracia del odioso ministro de Policía Pablo Arribas. La mañana del 26 de mayo hallábase, pues, este personaje insigne en una de las habitaciones del piso bajo del palacio real y departía con él un comandante *soultiano* no menos aficionado al arte de Apeles que á los productos de la cerámica y de todas las artes decorativas en general.

—Me temo que encontraremos ya poco que valga la pena,—decíale el comandante al director de los pillajes;—en primer lugar, S. M. el rey de Nápoles, Joaquín Murat, se marchó con todos los Correggios que había en este palacio y en casa del príncipe de la Paz y en la del duque de Alba; recuerdo que del palacio de Alba se llevó un *Mercurio instruyendo al Amor en presencia de Venus,* obra de rechupete, y no digo nada de *La oración del Huerto* y de la *Sacra Familia,* que estaban aquí; el gran duque de Berg tiene una afición loca á la pintura y se está formando un gabinetito de mi flor. ¡Si vierais cómo se está arreglando en Nápoles! Tiene un verdadero flaco por los Correggios. ¡Y lo que ha sacado de Sicilia!

El director de los pillajes lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Soult! ¡Ese ha sido quien lo ha entendido mejor que nadie! Todos los Rubens de las dominicas de Loeches fueron á parar á sus insaciables colecciones; me parece que estoy viendo y tocando todavía aquel *Triunfo de la Religión.* ¡Pasmosa obra! Sin contar con que se llevó lo mejor que había en Sevilla de Bartolomé Esteban Murillo y de Francisco Zurbarán... Arrebañó, sobre todo, con una *Santa Isabel, reina de Hungría, curando á los leprosos* (1), que es de todo punto obra divina.

—¿Y en Toledo? ¿Sabéis si quedaría algo que llevarnos?

—Algo hay, muy escondido, sin embargo; Grecos, Tristanes y Mainos, pero escarmentados con tantas barbaridades como han hecho allí los nuestros, es fácil cueste mucho dar con ellos. No sé, francamente, á qué ha venido pegar fuego á San Juan de los Reyes y al Alcázar de Carlos Quinto; podíamos haber aprovechado mucho de las librerías y archivos incendiados.

—Los soldados se han divertido con tales luminarias; de todas maneras, ¿qué les importaban á ellos esos monumentos si en su vida han de volverlos á ver más?

—Con todo, no vayan ahora á hacer lo mismo con el Escorial y nos quemen algunos cuadritos que todavía estamos á tiempo de ir á recoger. ¡Ah! ¿Sabéis que acabo de recibir de allí dos verdaderos *chefs d'œuvre?* Vais á ver, seguidme.

III

Los dos salteadores de museos se dirigieron al patio, donde estaban hacinados multitud de cuadros en desordenado montón; el director de pillajes tiró de una de las tablas que estaban en lo alto de aquel revuelto *maremagnum* y sacó... pues sacó: *¡La Perla!!!*

—¡Ved qué Rafael!—exclamó con orgullo, como si fuese el verdadero dueño del cuadro.—Es para el rey; así me lo manifiesta en carta particular.

—¡Diablo!—repuso el comandante.—¿Pues cómo tenían arrinconado eso en el Escorial?

—Pues, ¿y qué os parece este otro?—repuso el director, tirando de nuevo de entre el montón.—*¡La Virgen del Pez!* también para el rey José.

—Magníficos ambos, amigo D. Antonio. Pero aun queda cosa mejor.

—Claro está que sí: ese cuadro que *tenemos* arri-

(1) Esta ha sido una de las poquísimas obras que han vuelto á España y honran dignamente el museo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; los Correggios fueron vendidos por la viuda de Murat á varios ingleses y figuran actualmente en Londres; *La escuela del Amor* se pagó en 11,000 guineas. Correggios, Sartos, Murillos, Zurbaranes, Rubens y Van Dycks fueron objeto de la rapacidad de los invasores; hoy se ufanan con ellos en el extranjero, sin que haya esperanza de que jamás pueda recobrar España aquellas joyas que son suyas.

ba del *Pasmo de Sicilia;* como que me lo tiene encargado también el rey nuestro señor. Pero yo sé un escondrijo, amigo Cherchemidí, que... vamos, vais á relameros los bigotes cuando veáis aquello.

—¿Qué es, qué es?—preguntó afanoso Mr. Agenor Cherchemidí.

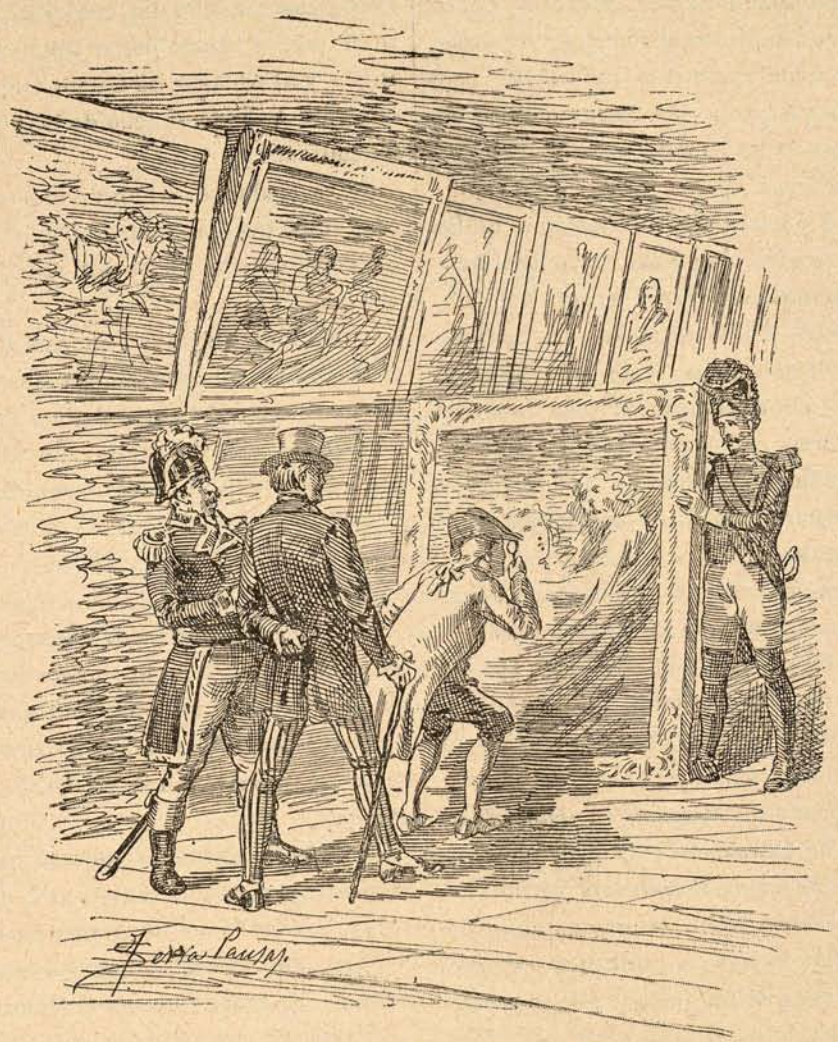
—¡Oh! *¡Boccato di cardinale* mi querido colega! ¡Diablo, cuando los vea la princesa Borghese!

—¡Je, je! *¡Capisco, capisco!...*

—Unas *Venus...*

—*¡Mio caro!*

—Del Ticiano, cáspita, del Ticiano.



... todo fué saqueado...

—*¡Oh, quel plaisir!*

—Las *Venus del perrito...* ¡Dos! ¡Dos, nada menos, mi excelente M. Agenor!

—¡Pero vamos, D. Antonio, vamos allá! ¿Dónde esos prodigios?

—En el reservado de la Academia de San Fernando.

—Corriendo, mi buen D. Antonio, corriendo. Ya sé que os gusta ese género.

—¿Cómo ser indiferente á la hermosura? ¡Oh, la estética, siempre la estética, *mon petit ami!*

—Sin embargo, á vuestra edad...

—Soy hombre capaz de darle quince y raya á nuestro augusto monarca en lo enamorado.

—No lo dudo, mi excelente D. Antonio, por más que dejéis mucho que desear desde el punto de vista estético, porque vamos, á la verdad, no sois ningún Antinoo.

—No me vengáis con pullitas, mi caro M. Agenor, que no es sólo la belleza plástica la que logra conmover á las señoras. Concedióme el cielo regalo tuerto, siendo así que es más hermoso que un sol! Los dos aficionados á la estética... de los otros, se

ahora Catujilla en la taberna de le
anidad para que no chacle
de allí, pero no se le
la miserable que
decir de
tos cuar
e

—No he mentido.

—¿Qué venías hacer á aquí?

—Pues, a ver a la Rosa...

—¿A la Rosa?

—Sí, á ver qué se hacía de la chiquilla.

—¿Qué había que hacer?

—Pedir algunos cuartos a su padre.

—¿Y por qué á su madre?

—Como su padre tiene más!...

—¿Fuisteis vosotros quienes tramaron el secuestro?

—Catujilla le mandó decir al amo y la idea
mos para que diese el golpe.

—¿Por qué estaba enojada?

—Cuestión de palabras.

—¿De manera que anunciaste á Catujilla?

—Comunicala de verla en palacio, cuando yo era
de los jurados.

uiste jurado?

había de hacer? Era el año del hambre...

onociste á esa otra?

de Arriba

como ella para des-
gusto!

VI

En aquel momento entró Urquicia y dijo:

—Catujilla no está en la casa ni tampoco la niña. La
ja y la vieja se las ha llevado.

Estremecióse el majo y exclamó:

—¡Corred, pronto, pues me temo no vayan á cum-
la fechoría!

Adónde hemos de ir?

ás estarán en casa de la Pepa, la carnice-
!

—dijo Urquicia—

—miró á los jóvenes con cobar-
uido de ambos.

—dijo Urquicia mirándose á
ejarse el capricho de aque-

s velas.

—dijo—mira esa

—¿Y que hace a
Durmiendo?

—La tenemos allí de

—¿Presa?

—Es decir, privada de sal
hacer ninguna?

—Cuanto más hablajs más se va
sois.

—Mi amo... ella y nosotros nos podemos
Pues sabemos que estás y cuenta
puede haber confianza ni hermandad

—¿Sabes que está tu vida entre mis manos y qu
si me has engañado vas a morir así como un perro?

—No te he engañado hasta ahora, pero ahora
Sola, que después de esto no quiera hacerte
va ningún daño.

—Nada te haré, pero tendrás que salir de Madrid

—¡Si no es más que eso!...

—Tú y la vieja.

—El demonio cargue con ella. ¿Y adónde nemos

—¿Por qué?

—¡Jesucristo!

—No hay más.

—De nada lo que nos ha mandado, amo?

furrie

—¿Y cómo c

—¿A la Paca?

—Sí.

—Hace mal amo, es

—Era de la policía?

—Acertasteis. ¡No hay nadi
cubrir secretos y servir de pasa-p

—¿Y os la conocíais de antes?

—No

—¿No conociste á su hija?

—Tampoco.

—¿Y que vinieron esas amistades de Catujil
con mujeres?

—La mulata supo que la Paca echaba las cartas
y vino á que se las echara.

—¿Qué le dijo la Rosa?

—Que ya sabía que nos conocía muchos secretos de la
señora, y poquito á poco, sin que la mulata lo nota-
ra, se lo hizo cantar todo.

—Y sabiéndolo, quisisteis aprovecharos?

—Eso

—¿Cómo la indujisteis á cometer una acción tan
horrible?

—La Paca le dijo que no sufrería más las miserias
cias que a veces le deparaba la mendicidad, y la muchacha
se levantó contestó fuerte á su señora, vino

—¿Quiz
ra del Rastr
—Llevamos a
Filmaje se lanza
de bajeza y salió segu
Mientras iban por la c
varios transeuntes que siguie
Fo esto llegaron á la calle de la
—Cuidado,—le dijo Urquicia al

pondéis con vuestra vida de cualquier contrariedad. Ved si están. Llamad á la puerta de la calle.

El rufián obedeció y al cabo de un momento resonó en la escalera una voz de mujer, desapacible en alto grado, que gritó:

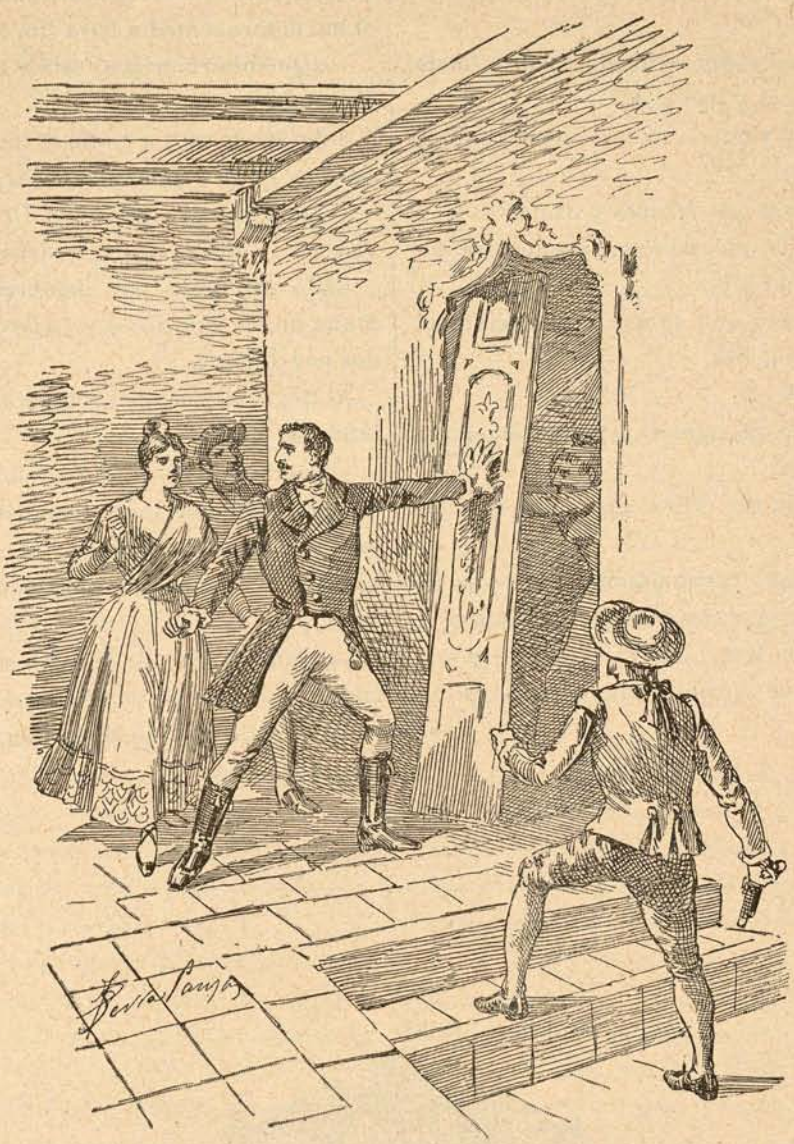
—¿Quién está llamando?

—¿Está ahí la Paca?—repuso el majo.

Reinó durante dos largos minutos terrible silencio.

Al fin la voz de mujer se dejó oir de nuevo, diciendo:

—Sube, Geromo.



No tardaron un momento en echar la puerta abajo...

Urquiola, empero, se interpuso en la escalera, apartando al majo, que se vió sujeto por dos hombres que de pronto aparecieron allí.

Dos más siguieron á Urquiola, y en pos de ellos iba Juliana.

La puerta estaba abierta y en el dintel se encontraba una manola no menos vieja y fea que la Paca.

La arpía cerró de golpe al ver á Urquiola, lanzando una especie de aullido, pero el joven y los dos hombres que le seguían no tardaron un momento en echar la puerta abajo á puntapiés.

Oyéronse chillidos de mujeres y el llanto de una niña.

—Aquí está,—exclamó Urquiola, lleno de alegría,

precipitándose en una pieza que, como toda la casa, exhalaba hediondo olor de carne.

Allí estaban Catujilla con la niña, Paca y la manola á quien el rufián había llamado Pepa.

VII

Juliana se apoderó al momento de la pobre Lucía, á quien llenó de besos y caricias.

—¿Por qué no has vuelto á tu casa?—preguntó en seguida á la gitana.

Paca fijó en ella sus ojos feroces y contestó:

—Quería traeros la niña de la misma manera que está el matador de mi hija.

—Esto quiere decir que sabéis que el matador murió juntamente con ella.

—Eso quería decir, sí.

—¿Y por lo mismo me hubierais traído muerta á esa inocente criatura?

—Muerta como una res. Pepa sabe hacerlo á las mil maravillas.

—Mientes,—exclamó la repugnante vieja,—yo no he querido hacer lo que me pedíais esa esclava y tú. Querían venir con tres ó cuatro chisperos y mataros á los dos si os encontraban todavía en su casa.

—¿Cómo habéis sabido que el comandante Aráztegui murió abrasado, lo mismo que Juanilla?—preguntó Juliana.

—Es lo primero que he oído contaban en la taberna de la Zurda unos guerrilleros que habían servido en la partida de Mina,—repuso la vieja,—sólo que no habían dicho ese nombre sino Gaspar López. ¡Ay, si me dejarais media hora libre nada más!

—¿Qué nuevo crimen estáis tramando?—exclamó Urquiola

—Yo me lo sé y á nadie le importa más que á mí, pero no faltará quien me encargue...

—Ea, vamos ya,—replicó Urquiola.—Ha llegado la hora de que se os haga justicia.

Cado uno de los tres hombres cogió por el brazo á una de las tres fieras y bajaron á la calle, seguidos por Juliana.

Al llegar al portal encontraron al tío Geromo, tiritando de miedo.

—También ése,—dijo Urquiola.—¡Eh! No tengas cuidado,—repuso luego dirigiéndole la palabra;—es nada más cuestión de que estés á la sombra hasta que les hayan apretado el gaznate á tus daifas.

Las mujeres fueron dejadas en la cárcel de villa mientras Juliana corría á la calle del Clavel, donde vivía la marquesa de Montefuego.

CAPÍTULO XI

Al Norte

I

No estaba á aquella hora la marquesa.

Era el mediodía del 27 de mayo de 1813.

Las calles de la capital rebosaban animación extraordinaria.

Los guerrilleros iban y venían, llevados en triunfo por los entusiastas madrileños, que se disputaban darles alojamiento en sus casas.

En medio de aquel barullo discurría no obstante una pobre madre que no veía nada, ni nada oía, pensando únicamente en su hija.

Juliana quedó perpleja sobre si esperaría á la marquesa en su casa ó correría en su busca, cosa difícil sin saber por qué parte andaría vagando la infeliz.

Por otra parte, no quería en manera alguna dejar á la niña en poder de los criados.

—Voy á las Salesas,—dijo,—y allí la dejaré á Carmen para correr en seguida en busca de esa desventurada.

Juliana, ligera como una madrileña, se encontró en pocos minutos junto al convento, no sin haber recibido por el camino descargas cerradas de requiebros por parte de los bravos soldados que gozaban en aquellos momentos del inefable placer de ver caras bonitas tras de tantos años de continuo pelear con bigotudos gabachos.

La joven penetró en el monasterio y fué conducida al momento á la celda de Carmen.

La hermosa rubia dió un grito de alegría al ver que Juliana traía en brazos á la inocente niña robada.

—Gracias, mi buena Juliana, eres un ángel,—exclamó, llenándola de besos.

—Quédate con esa inocente,—respondió la morenita,—mientras yo corro en busca de su madre. Tú serás quien se la entregue.

Y sin decir más salió otra vez sin saber á punto fijo qué rumbo tomar para encontrar á la marquesa, decidiéndose por fin á salir á la calle de Alcalá.

—Quizás estará en algún templo rezando,—exclamó de pronto.—Veamos, entremos aquí.

Y Juliana, al decir esto, penetró en la iglesia de San José.

No vió á nadie, preguntó á un sacristán y le respondió que la señora de quien hablaba había estado allí aquella mañana, pero que hacía ya muchas horas.

Nada bastaba á desanimar á Juliana; volvió al palacio de la calle del Clavel; la marquesa no había parecido todavía; corrió á la casa de villa, á distintas oficinas, entró en varios templos, pero nadie sabía darle razón de la persona á quien buscaba.

Por fin tuvo un momento de inspiración.

—¿Qué estoy buscando?—exclamó.—Estará en mi casa.

Y corrió hacia la calle de los Leones, anhelante y ávida de consolar á la infeliz madre.

No se había engañado Juliana; la marquesa estaba allí, pero ¡cuán desconocida del día antes!

El mismo D. Toribio había olvidado su anterior resentimiento conmovido ante el lastimoso estado de la que había sido un tiempo la más orgullosa de las bellezas de Madrid.

II

La marquesa había envejecido diez años en aquellas pocas horas; sus ojos estaban secos de tanto llorar y parecía que miraban de un modo extraviado. No podía acertar á contestar á una sola palabra cual si hubiese perdido la facultad de hablar.

Al ver á Juliana pareció que de pronto recobrara toda su esperanza, arrojóse á los pies de la niña y exclamó:

—¡Mi hija, Juliana! ¡Mi hija!

—Venid, venid pronto, —contestó la joven. —¡Vuestra hija os espera!

La marquesa lanzó un grito indefinible y se precipitó hacia la escalera.

—¡Mi hija!—exclamaba la pobre mujer.—¡La habéis encontrado vos! ¡La habéis salvado! Debéis ser santos todos los de vuestra casa. ¡Ay, mi Julianita! Corramos, corramos. ¿Dónde está? Dios te bendiga, Julianita. ¡Ah! Sí, ya sé. Está en las Salesas con aquella monjita tan hermosa. También debe ser santa. Vamos. ¡Ay! cuando yo vea de nuevo á mi niñita.

Las dos mujeres iban como llevadas en alas del viento, con paso rapidísimo, y no tardaron en distinguir la amarillenta fachada de piedra del suntuoso convento.

—¡Allí está, allí está! Ya me lo dijo anoche aquella niña... Todas las santas se conocen y hacen venir á ellas los angelitos... Como nos acercamos... ¡Ah!... Ya estamos, ¡ah, Dios mío!... Es ella... ¡Ay mi niña! Allí...

Carmen se encontraba en el dintel de la puerta con una criatura en brazos...

La madre se arrojó sobre la monja, arrebatóle la niña y cayó desvanecida en los brazos de las dos amigas.

III

Al volver en sí la marquesa y encontrarse en sus brazos aquel fruto de sus entrañas, rompió en inextinguible llanto.

Era tanta su felicidad que ni por un momento pensó en el castigo de los raptores, atenta únicamente á la dicha de estrechar una y mil veces contra su pecho á la angelical criatura.

La marquesa permaneció todo el día en el convento y hasta la noche no resolvió retirarse á su casa.

—Quiero que todos viváis conmigo desde hoy en adelante,—dijo la marquesa.—Mi casa ha de ser la vuestra. Trasladaos allí en seguida y obrad como verdaderos dueños.

—¡Señora!...—repuso Juliana.

—Concédeme esto, que es el único favor que te pido, Julianita,—contestó la alborozada madre.—Anda, corre ahora mismo á avisar á tus padres y á Curro que estén allí á recibirme. Dispónlo todo para cuando las dos vayamos.

Juliana no quiso oponerse por de pronto á los deseos de la marquesa y cumplió exactamente lo que le había manifestado.

D. Toribio, D.ª Emerenciana y Curro se instalaron en la calle del Clavel, en las habitaciones más modestas que encontraron, mientras Juliana volvía á las Salesas para recoger á la marquesa.

—¡Ah! No os moveréis más de mi lado, ¿verdad? —exclamó la pobre señora al encontrarlos en su casa.

—No, marquesa,—contestó D. Toribio.—Siempre estaremos á vuestras órdenes.

—Nada de órdenes, ¿acaso no os debo la mayor de las dichas que puede haber en el mundo? ¿Sin vosotros, qué hubiera sido de mi hija?

—Hemos hecho lo que debíamos, señora marquesa,—contestó D.ª Emerenciana.—¿Qué corazón habrá que no se compadezca de una situación tan horrible como era la en que vos os encontrabais?

—Jamás podré pagaros semejante beneficio.

—¡Oh, sí! Nos basta la satisfacción de haber podido conseguir evitaros un eterno tormento.

—Gracias, gracias mis buenos amigos,—replicó la marquesa.—A vosotros deberé la felicidad del resto de mi vida.

¿Cómo ponderar la alegría de aquella pobre mu-

jer que tras de tantas horas de terrible angustia, horas que habían parecido eternas por lo largas, gozaba del bien inestimable de poder besar una y mil veces á aquel inocente ser, amenazado de horrible muerte en poder de aquellos desalmados?

La gratitud de la marquesa hacia Juliana era, como debía ser, inmensa. Duros padecimientos experimentados en el trascurso de algunas horas habían cambiado totalmente á la dama, en cuyo corazón ardía ahora con todo su fulgor la llama de la maternidad latente hasta entonces. Duro había sido el frote para que lograse encenderse, pero podía darse por feliz al conocerse madre, cosa que no había sentido hasta el momento de la desaparición de Lucía.

La marquesa de Montefuego comprendió entonces cuán criminal había sido al tener olvidada á la hija de sus entrañas, confiándola á manos mercenarias, y sintió punzantes remordimientos. La aristocrática dama debía cambiar desde entonces de costumbres, trocándose en aborrecimiento y antipatía lo que había sido para ella objeto de vanidad y agrado.

IV

Diferente escena era la que ocurría á las mismas horas en el convento de las Salesas.

Después de una ausencia larguísima y de haber corrido los más inauditos riesgos, entraba en Madrid el general Miranda y corría á abrazar de nuevo á su fiel prometida.

Caía la tarde cuando el bravo guerrillero trasponía el dintel del convento. De pie, en el atrio, estaba Carmen, que desde una ventana le había visto de lejos y había bajado á recibirle.

Nadie se encontraba presente más que los dos enamorados, y así el joven pudo á su sabor besar apasionadamente la frente de su amada.

Miranda era el mismo hombre de siempre, sin que al parecer hubiesen corrido los años para él; en cambio Carmen era mucho más mujer que cuando la vió por última vez, antes de la batalla de la Albuera, y con la estatura habíase desenvuelto también el encanto de su talle.

—¡Fernando!—pudo decir la joven llorando de alegría.

—¡Carmen!—contestó él estrechándola contra su corazón.—¡Te quiero siempre lo mismo!

En esto apareció discretamente la portera y cesaron sus trasportes.

—Si quieren sus mercedes hablar un rato,—dijo algo confusa la buena mujer,—pueden hacerlo en el aposento inmediato.

—Gracias, madre,—contestó Miranda;—con mucho gusto.

Los dos amantes entraron en una sala iluminada por una lámpara colgada del techo y sin otros muebles que un negruzco cuadro y un banco, y pasaron largo tiempo contándose respectivamente lo que les había sucedido desde su última separación.

Miranda, refirió en lenguaje lleno de sencillez, y sin embargo, elocuentísimo, su campaña de Rusia y las graves peripecias por que había atravesado; contó también las desventuras de sus amigos, la muerte de Rosario y de Matilde y el arrepentimiento de la condesa de Montespino; no pudo ocultar sus sentimientos de invencible aversión al huésped de Valencey y se mostró exaltadamente partidario de que España se constituyese en república, dando así el ejemplo á Francia para que se negase á continuar en el miserable servilismo á que la tenía sujeta su improvisado emperador.

Carmen, huérfana de padre y madre desde hacía dos años, dió cuenta á Miranda de su cooperación á los fines que se proponía la sociedad secreta que había fundado aquél durante su estancia en Madrid el año 1811, de la cual era también Juliana uno de los más activos miembros. Mucho había conseguido dicha asociación, sorprendiendo á veces los planes más secretamente tramados y desbaratando en otras ciertas cábalas é intrigas para entrar en tratos el rey intruso con las Cortes de Cádiz; el último servicio que había prestado era el descubrimiento de una especie de *timo* ó embrollo que tenía por objeto dar á entender que el 3.º cuerpo de ejército, al mando del duque del Parque, se pasaría á *Pepe Botellas*. El general Hugo no cayó en la cuenta de que le estaban embaucando y escribe muy formalmente en sus *Memorias* que poco antes de su salida de Madrid se le habían hecho proposiciones de las cuales tuvo noticia José, según las cuales, ofrecía pasarse á las banderas del intruso el cuerpo entero de que hablamos. La cosa no tenía fundamento alguno y todo dependía de *haberse quedado,* y empleamos esta frase, no por gusto, sino como la más adecuada al caso, con el crédulo general falsos emisarios. Sin embar-

go, bastaba la simple intención de querer arrojar esa negra mancha sobre un ejército mandado por tan honrados, fieles y preclaros generales como eran el príncipe de Anglona, el marqués de las Cuevas, Cruz Mourgeón y D. Manuel Sisternes, sin contar al vencedor de Tamames, que lo regía en jefe, para que fuese necesario protestar de tan menguada acusación. ¡Buena ocasión para adherirse á la causa napoleónica cuando los franceses se encontraban ya con un pie en la frontera y cuando todo hacía presagiar el próximo derrumbamiento del imperio francés!

La conversación de los dos jóvenes se prolongó hasta la hora de tener que cerrar el convento, retirándose Miranda prendado como nunca de la discreción y hermosura de su bella prometida. La vida del claustro la había preservado de las contrariedades de la común existencia, y en la apacible soledad del monasterio, entre flores y piadosos ejercicios, habían adquirido sus facciones algo de la serenidad de las primeras vírgenes cristianas juntamente con el peligroso atractivo de las mujeres que entienden y cultivan la vida del arte. Carmen era, efectivamente, consumada música, y nadie como ella sabía cantar una romanza de Mozart ó ejecutar en el clavicordio una sonata de Beethoven.

V

Así pasaron algunos días al cabo de los cuales Miranda quedó algo sorprendido, pues no era hombre para sorprenderse nunca del todo, al recibir un billete de la marquesa de Montefuego rogándole se dignara pasar por su casa. El joven no creyó deber desatender los deseos de la hermosa dama y se dirigió acto seguido al palacio de la calle del Clavel.

No conocía personalmente á la marquesa ni ésta tampoco á él; pero así que se vieron pudieron comprender que eran dignos uno de otro, puesto que si la bella cubana revelaba ser mujer de talento y discreción, Miranda aparecía al momento como dechado de resolución y energía.

—Gracias por vuestra atención, general,—dijo la dueña de la casa, después de estrechar afectuosamente la mano al guerrillero.—De alguna manera he de pagar vuestro noble proceder en cierto asunto que me concernía algún tanto y por cuyo acertado desenlace os felicito.

—Señora,—contestó el joven,—ignoro á qué asunto os referís ni tampoco hay para qué entrar en explicaciones de cuál sea; entonces como siempre habré hecho tan sólo lo que el deber ordena y lo que la conciencia dicta á un caballero; no tenéis, por lo tanto, por qué pagar en manera alguna ningún servicio que haya podido tener el honor de prestaros, bastándome saber que me haya cabido la suerte de poder seros útil en algo.

—No insistiré en recordaros á qué suceso aludo, pero sí en lo que tenía intención de deciros, lo cual, si no queréis estimar como testimonio de mi gratitud, sé de cierto que agradeceréis como patriota.

—En este caso, soy yo, señora, quien os ruega me dispenséis la gracia de comunicarme cualquiera revelación que pueda ser en provecho de nuestra causa.

—A eso voy, pues. Supongo os dirigiréis al ejército de Wellington.

—Precisamente mañana mismo saldré de Madrid con ese objeto.

—Pues bien, en el estado mayor del conde de España, figura un oficial llamado Manuel Pérez Silva, que será bueno procuréis alejar del lugar de las operaciones. Nada más puedo deciros.

—Basta con esta sencilla indicación para que crea debe ser negocio importante la expulsión de ese hombre.

—Mucho que sí.

—Gracias, pues, señora.

La marquesa había hablado más con los ojos que con los labios y Miranda comprendió que el llamado Manuel Pérez Silva debía constituir un peligro para la causa que defendían los aliados.

El bravo general despidióse de la aristocrática dama y resolvió marchar sin pérdida de tiempo á incorporarse á la división Morillo, donde tenía un mando. Despidióse de Carmen aquella tarde, y al amanecer del siguiente día, que era el 8 de junio, tomó por la carretera de Francia seguido de una escolta de veinte soldados de caballería del Algarbe que habían formado parte de la pequeña división española que había organizado en Rusia.

VI

Por dondequiera pasaba la columnita, engrosada con varios guerrilleros que se le habían unido en

Guadarrama, que no tenían ya franceses que combatir ni convoyes que sorprender, veíanse lamentables huellas de la devastación ocasionada por los enemigos en su retirada.

No hay para qué decir que el saqueo de cuadros y objetos artísticos continuó de lo lindo. Era lo único que les quedaba á aquellos pueblos esquilmados, arruinados, empobrecidos, misérrimos y aniquilados por las contribuciones impuestas por los franceses durante su ominosa dominación en las Castillas; contribuciones verdaderamente bárbaras que superaron, y es cuanto cabe decir, á las que tuvo que sufrir Andalucía bajo el poder del procónsul duque de Dalmacia.

Al llegar á Valladolid, evacuado hacía ya tiempo por José, supieron que Hugo se había juntado allí con el grueso del ejército bonapartista, habiendo hasta aquel momento debido pasar los fugitivos por los más amargos trances y haciéndose visible el desdén con que trataban los franceses á aquellos trásfugas que sólo les servían ya de estorbo.

Aquellos tristes renegados expiaban ahora su falta de dignidad y patriotismo; habían aceptado la monarquía de José I, creyendo de esta manera servir los intereses de la libertad, engañándose empero miserablemente al suponer que la libertad pudiese venir de manos de un Bonaparte. Los medios empleados por éste para apoderarse del trono de los Borbones habían sido poco conformes con lo que la decencia y la honra de una nación exigen. Podía Napoleón haber echado á los Borbones de otra manera, sin atentar á la sagrada independencia española; pero desde el momento en que un simple asunto dinástico adquirió las proporciones de una cuestión nacional, nadie, por liberal ni por antiborbónico que fuese debía abrazar la causa del invasor, y eso que los afrancesados no eran anti-borbónicos sino borbónicos con *archi*.

No era mostrar gran sinceridad liberal confiar en las promesas de los Bonapartes; conformes en que el pobre José era una excelente persona, que llegaba á hacerse respetar hasta de sus más encarnizados enemigos si llegaban á conocerle algo de cerca, como era caso común en Madrid; pero lo mismo José que todos sus adictos, no podían hacer más que bailar al son que les tocaba Napoleón, y de no someterse, no les quedaba más remedio que dejarlo para que otro viniese.

Y en prueba de que los que habían abrazado la causa del francés no lo habían hecho por amor á las ideas liberales, es que no hubo afrancesado que á la vuelta de Fernando no le adulase asquerosamente, como sucedió con D. Félix José Reinoso, que en un libro publicado en 1816 llamaba *celestial* al Tiberio español.

No, no era Bonaparte el representante de la libertad sino la nación española, sin reyes, sin más autoridades directivas que las admirables juntas regionales, aquellas juntas que convirtieron *de hecho* á España en una república federal; aquellas juntas á cuyos esfuerzos se debieron las victorias que se alcanzaban, y que cuando nada había constituído ni organizado, constituyeron y organizaron ejércitos, recursos, planes y servicios. Pero los afrancesados no podían sufrir semejante régimen y así se hicieron bonapartistas, no para ser liberales, sino por no poder ser cortesanos de Fernando. Ya lo fueron después y estuvieron en escandaloso candelero bajo los auspicios de aquel rey de nefasta memoria.

Nadie tenía derecho más que la nación á disponer de sus destinos; si la dignidad nacional, ó como se dijo después, *España con honra* (frase de Ayala imitada de la de Méndez Núñez en el Callao), creía del caso un cambio de dinastía, no era Napoleón quien debía imponerlo, sino la nación misma. Lo que hizo Riego el año 1820 al proclamar la Constitución del año 1812 y lo que hicieron en Cádiz los montpensieristas, ó lo que fueren, el año 1868, hubiera podido hacerse también el año 1808 sin necesidad de que un cambio realizado por la voluntad nacional debiese aparecer como imposición de un aventurero coronado.

No, no merecen consideración alguna los que en aquellos días de peligro para la patria, abandonaron la causa sostenida por sus nobles hijos para ir á doblar la rodilla ante el rey intruso. Echándoselas la mayor parte de aquellos galófilos de ser *personas ilustradas,* no debían acatar un régimen que era la representación de la fuerza bruta, enemigo de la inteligencia y de la espontaneidad artística, y no se diga que los defensores de la independencia fuesen ignorantes y rudos paisanos guiados por los frailes, pues es insufrible esa leyenda de los frailes; si hubo quien se portase mal en aquel entonces, fueron los curas y los frailes, con honrosas excepciones. ¿Pues no dió acaso mucho que hacer el padre Consolación

predicando á los guerrilleros se pasasen á los franceses? ¿Dónde estaban el clero de Sevilla y de Granada, el clero de Madrid, el clero de Tarragona, (refugiado en Palma de Mallorca), el clero de Valencia, cuyo arzobispo no se atrevió á entrar en Valencia hasta que estuvo allí Suchet? Si hubo frailes como los de Zaragoza que se portaron heroicamente, fué, no por ser frailes, sino por ser aragoneses. ¿A quién se invocaba, sino á Numancia y á Sagunto? Y si por acaso en algunas localidades se imploraba el auxilio de santos y vírgenes era no por otra cosa sino para que viniesen en auxilio de la patria en peligro, no para defenderles á ellos, supuesto que nadie les atacaba.

Véase en cambio de qué manera el sentimiento liberal alentaba en la mayor parte de los defensores, porque como hemos dicho en otras ocasiones, aquel movimiento ocasionado por la avilantez de Napoleón fué el 89 de la península ibérica. ¿Dudará nadie de las convicciones liberales de Coupigny, Morillo, Mendizábal, Mina, Porlier, *el Empecinado*, Manso, López Baños, Lacy, Copóns y Nava, Zayas, San Miguel, Vidal, el duque de Rivas y tantos otros como derramaron su sangre en los campos de batalla? No es esto decir que todos los guerrilleros y generales fuesen partidarios de la libertad, pero sí que no eran todos serviles. Y aun da la casualidad de que los liberales eran los mejores, y de que los sectarios del absolutismo, Cuesta, Eguía, Areizaga, Imaz, Andriani, etc., habían demostrado la más absoluta incapacidad.

Volviendo, pues, á lo que decíamos á propósito de los afrancesados, repetiremos que no se les puede absolver de su infidencia y que no representaron partido ni idea alguna, sino simplemente debilidad de carácter, egoísmo ó falta de pudor patriótico.

VII

Dejó Miranda las orillas del Pisuerga y se encaminó á Burgos, á cuya ciudad llegó el día 15 de junio.

La plaza presentaba un aspecto desolador á consecuencia de la voladura del castillo, llevada á cabo por los franceses, pues como dijimos ya, había dentro infinidad de bombas y granadas que estallaron cayendo sobre la ciudad y ocasionando lamentables destrozos y numerosas víctimas.

Los burgaleses no se quejaban, empero, de semejante salvajismo, ante la inmensa satisfacción de verse libres de aquellas gentes que por tantos años habían dejado sentir su yugo sobre la ciudad, abrumando al vecindario con toda suerte de exacciones y entregándose á las dulzuras de la dominación conquistadora.

Aquellos dignos castellanos habían tenido ocasión de verle la cara al déspota de Europa y habían quedado asaz edificados acerca de lo que podía esperarse de un hombre cuyo rostro recordaba el de los emperadores romanos más sanguinarios de pasados tiempos.

Todavía duraban allí los lamentos por la desdichada batalla de Gamonal, perdida por la inepcia del marqués de Belveder el año 1808.

Miranda animó todavía más las esperanzas de los paisanos con quienes habló, y finalmente, después de atravesar los imponentes desfiladeros de Pancorbo, en cuyo castillo existía aún guarnición francesa, y de cruzar el Ebro por Miranda, llegó á Nanclares el día 21, por la madrugada, oyendo desde lejos el tronar de los cañones.

Comenzaba la batalla de Vitoria.

CAPÍTULO XII

Vitoria

I

Dejamos á los ejércitos francés y anglo-hispano lusitano próximos á llegar á las manos, y diremos ahora cuáles eran sus respectivas posiciones.

Los franceses ocupaban un frente de tres leguas, cubriendo los caminos reales de Bilbao, Francia, Laguardia y Madrid; extendían su línea desde el puente de Villodas, por su derecha, hasta el pueblo de Avechuco, más allá de Vitoria, por su izquierda. Formaba ésta el ejército del Mediodía á las órdenes del conde de Gazán, apoyado en Arganzón y orillas del Zadorra hasta el puente de Villodas; el centro, constituído por el ejército del mismo título y mandado por Drouet d'Erlón, ocupaba la orilla izquierda del mencionado río, siguiendo unas colinas y estribando principalmente en un cerro circular, formidablemente artillado, y la derecha, regida por el conde de Reille, que tenía á su cargo el ejército llamado anteriormente de Portugal, se había fortificado en Avechuco. Cada cuerpo tenía una reserva. Faltaba Foy, que se encontraba en la costa, Clausel, ocupado en perseguir á Mina, y Maucune, que escoltaba hacia Francia el convoy que había dirigido Hugo hasta Burgos. Mandaba todo el ejército el titulado rey José, llevando de jefe de estado mayor al mariscal Jourdán, y era su intención permanecer á la defensiva, aconsejado por el héroe de Fleurus, triste figura siempre desde que dejó de servir á la república para militar á las órdenes de Napoleón.

Ya dijimos antes cuáles eran las posiciones del ejército aliado; añadiremos ahora que constaba de 35,000 ingleses, 25,000 portugueses y unos 12,000 españoles (Morillo, Longa y Girón). En este total había 9,200 hombres á caballo. La fuerza de los franceses era algo inferior.

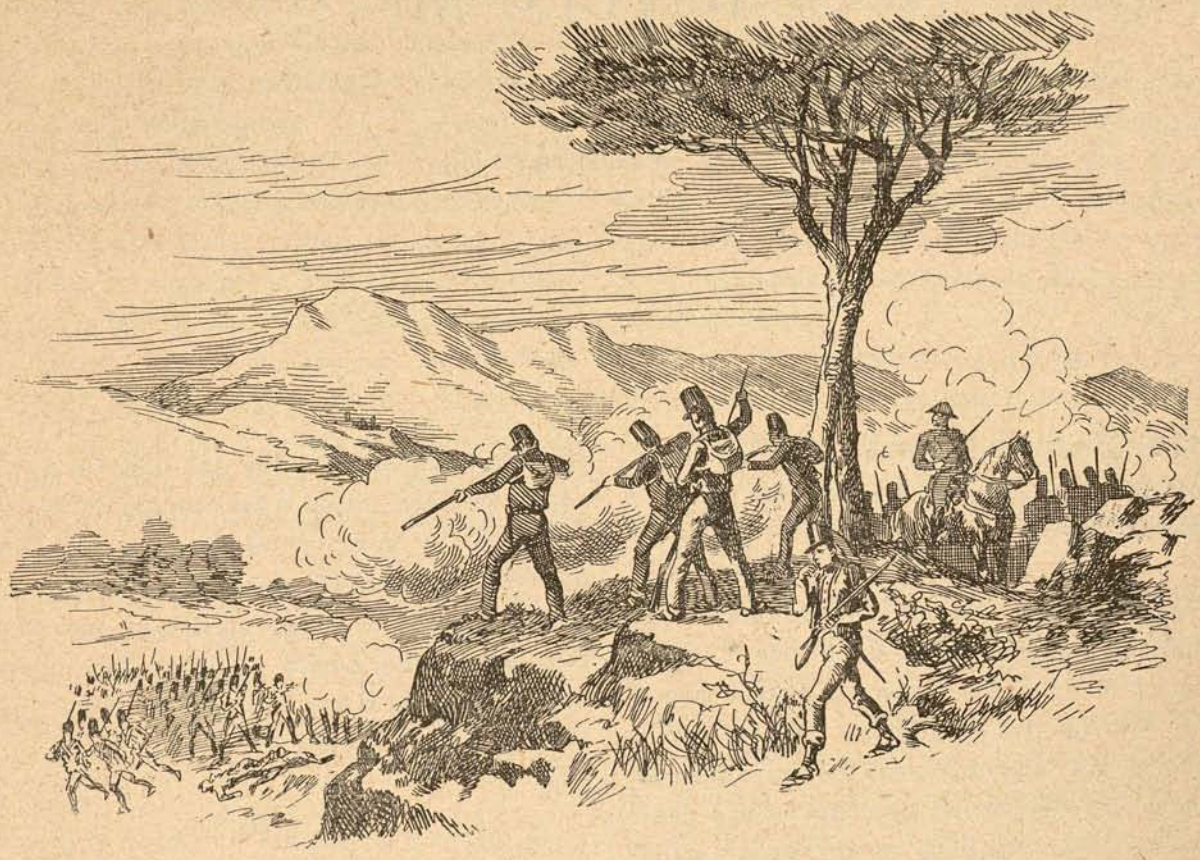
II

Despuntaba la aurora el día 21 de junio de 1813 cuando el general Morillo recibía orden de atacar la izquierda enemiga, alojada en las alturas de Arganzón, lo cual hizo con su acostumbrado denuedo, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Reforzado Gazán, resistía desesperadamente, cuando acudió Hill en auxilio de Morillo, y juntos españoles é ingleses lograron desalojar al enemigo embocándose en seguida en un desfiladero y apoderándose de Subijana de Álava, punto que cubría la izquierda enemiga y que inútilmente trató ésta de rescatar, estrellándose contra la impavidez de los españoles.

La posesión de Subijana de Álava fué la señal para que se adelantase el centro británico que pudo fácilmente atravesar el Zadorra por no haber ati-

nado los franceses en sus cuitas en romper los puentes; atacó el centro el cerro artillado que dijimos ya, tomólo tras de una sangrienta lucha, y formados los aliados en escalones de dos y tres líneas fueron avanzando hacia Vitoria. Amigos de no negar á nadie lo suyo, debemos decir que ingleses y portugueses se batieron con una intrepidez digna de elogio y que por su parte los franceses recejaban también en buen orden sacando partido de cualquier descuido, según aconteció con la brigada de Colville, que se desvió algo, costándole esto 550 bajas.

Á las diez de la mañana llegaron en auxilio de la izquierda española las divisiones de Longa y la portuguesa de Pack, y haciéndose dueños de los lugares de Avechuco y Gamarra mayor y menor cortaron la retirada al enemigo, ocupando la carretera de Bayona. Cundió entonces un espantoso desorden



... emprendieron la fuga hacia Salvatierra...

entre los franceses y emprendieron la fuga hacia Salvatierra, dejando el campo cubierto de cadáveres y de despojos. Valientemente se portaron españoles y portugueses, como hijos al fin de un mismo suelo.

Quedaban todavía enfrente de la izquierda española dos divisiones enteras del ejército de Reille que al caer de la tarde se retiraron, temerosas de ser embestidas por la espalda, precipitándose en consecuencia toda la derecha enemiga camino de Pamplona, en vista de no poder entrar en Francia por el camino de Bayona.

III

Todo lo abandonaron los franceses: artillería, bagajes, almacenes, las cajas militares, provisiones, armas, etc., no conservando más que un cañón y un obús. Perdieron los ejércitos napoleónicos 151 cañones y tuvieron 8,000 bajas entre muertos y heridos, y 5,000 los aliados, de los cuales 3,300 eran ingleses, 1,000 portugueses y 600 españoles. Compréndese que los nuestros fueron proporcionalmente en tanto número por haber sido la división Morillo

la que primero había atacado las fuertes posiciones ocupadas por Gazán, y las de Longa y Girón las que habían contribuído más á apoderarse de la carretera de Bayona, intentada recuperar varias veces por Reille que había hecho para ello muchos esfuerzos desesperados.

El pobre José huyó á uña de caballo, perdiendo el sombrero y abandonando su coche; en él se cogieron importantes correspondencias, espadas, objetos primorosos y otros... que es excusado nombrar, pero cuya existencia revelaba en el intruso un carácter eminentemente previsor en los usos ordinarios de la vida.

—¡Horrible desastre! —exclamó el acongojado hermano de Napoleón.—¡Hemos perdido España para siempre!

IV

Dueñas ya de Vitoria las tropas aliadas, temióse por de pronto que los ingleses no cometieran en la ciudad los estropicios á que les inclinaba su especial idiosincrasia, pues todavía se recordaba con espanto su comportamiento cuando la retirada de John More al través de Castilla, el Vierzo y la comarca gallega; cuidó de evitarlo D. Miguel de Álava, y los hijos de John Bull refrenaron por de pronto sus ardorosos ímpetus, á lo cual no les quedaron poco agradecidos los moradores de la capital alavesa; pero si la ciudad se mantuvo tranquila y no tuvo que presenciar escena alguna desgarradora, no pasó lo mismo á poca distancia, en la carretera de Francia, por donde huían, presa de espantoso pánico, los afrancesados que habían salido de Madrid en el inmenso convoy dirigido por el general Hugo, ahora á cargo de Marcune.

ta por una guinea, por ser de más fácil trasporte. Por allí se encontró rodando el bastón de mando del desdichado Jourdán, sobre quien iba á fulminar sus más tremebundos rayos el *invencible* héroe de Rusia, y, finalmente, allí encontró Wellington el nombramiento de feld-mariscal de la Gran Bretaña con que le recompensó el príncipe regente.

Los soldados no creían lo que veían: ¡qué de alhajas y pedrerías, qué de uniformes y trajes de ceremonia, qué de muebles raros y lujosos, qué de vinos, licores y fiambres, qué de armas preciosas, qué de cofres llenos de libros raros, de objetos artísticos, de cuadros, delicadas baratijas y señoriles dijes, se encontraban esparcidos por el suelo! ¡No había que negar que los tales afrancesados se preparaban á darse en Francia la gran vida!

Y á todo esto era un clamor incesante, pues todo el mundo huía y nadie encontraba á los suyos, y se formaba un concierto indescriptible de gritos, maldiciones, ayes, vociferaciones y llantos. Allí estaban multitud de oficiales y soldados jurados con sus esposas é hijos, empleados comprometidos, polizontes y clérigos.

Wellington mandó que todas las mujeres y niños fuesen trasladados á Pamplona con los mayores miramientos, quedando prisioneros los hombres.

Por desgracia, el botín no fué tan completo como hubiera sido de desear, pues parte había salido anticipadamente en otro convoy y en éste era precisamente donde iban los cuadros que se había llevado Hugo.

Muchos franceses tuvieron que guarecerse en las asperezas de las Vascongadas, llegando allí en el mayor estado de indisciplina, desnudos, por pequeños grupos ó de uno en uno, desposeídos del antiguo prestigio y ante la expectativa de ver invadida Fran-

—¿Habrás estado muy triste, sin embargo?—preıntó Antequera.

—Triste, como todos, por no verte, pero he sentiaquí un consuelo tan grande...

Y apareció un subido rubor á las mejillas de la ermosa pálida.

—¿Qué?...

—Vaya, pues lo diré yo,—exclamó Eugenia.—sther se hizo bautizar en la Seo y no deja de ir dos los días á rezar á la Virgen del Pilar.

Antequera estrechó fuertemente la mano de su mante sin añadir palabra, pero bien conoció la jo-en que aquella señal de gratitud reveleba una alería inmensa.

—Al ver la confiaza que todos los de aquí ponian n la Virgen su patrona, se sintió poseída de tal

deramente al ver á Eugenia con una amazona de terciopelo de un vivísimo encarnado que hacía resaltar su rubio pelo y su blanca tez; Petra parecía que no debiese quitarse nunca la corona, y Esther recordaba la figura de su tocaya, según la relación bíblica.

—¡Bravo, bien! —exclamó Garroyo.—Tuvimos mucho acierto en la elección; se conoce que todo esto era de una misma señora, pues en ese aderezo hay también sobre los escudos una corona de condesa ¿Quién diablos será ella?

—Se lo preguntaremos á D. Miguel Ondariz, que es hombre que entiende de blasones.

—¡Calle,—exclamó Eugenia,—en este bolsillo hay un papel! A ver, á ver, pues, qué dice:—*A madame la comtese de la Chategneraie...*»

por qué extrañas circunstancias se encontraban en Zaragoza aquellos objetos pertenecientes al parecer á la condesa de la Chategneraie, y de deducción en deducción, creyó adivinar que tal vez procedería del saqueo que los mismos franceses hicieron de los equipajes, diferentes veces, en la retirada de Rusia; era posible que algún soldado, ó quién sabe si oficial, se hubiese deshecho del cofre que los contenía en la primera ocasión oportuna y que alguno de los jefes franceses que se encontraban en Zaragoza los hubiese traído de Francia.

Esta explicación del hecho pareció racional á Garroyo, el cual pensó dar cuenta de ello á Miranda cuando le viese y hasta se prometía entregar la carta en propias manos de Saligny, si, como todo hacía presagiar, llegaban á invadir los españoles el entonces vecino imperio.

No pensó pues más en el asunto y dedicó todo su tiempo á Petra, cuya belleza le tenía confundido, lo mismo que á Antequera la interesante figura de Esther y á Ortego la gracia franca y seductora de Eugenia. Horas felices fueron aquellas para todos, horas sin historia más que para los que sentían latir al unísono sus corazones sin que el menor celaje empañara su dicha ni el menor contratiempo turbase su serenidad, á no ser la precisión ineludible de una próxima separación.

IX

Todo anunciaba, empero, que pronto tendría término la guerra. Sabían que Suchet había abandonado su ínsula Barataria, que esto vino á ser para él su estancia en Valencia, cuidando empero de dejar guarnecidos los castillos de Sagunto, Peñíscola, Denia y Morella, para poder volver en caso favorable á su querida ciudad, y fortificando notablemente la plaza de Tortosa, donde dejó 4,500 hombres al mando del general Robert. Súpose también que habían sido evacuados Teruel y Alcañiz y muchos otros pueblos, guardando sólo Mequinenza, y colmó á todos de satisfacción saber que había quitado al brutal y odioso gobernador de Lérida, Henriot, sustituyéndole por Lamarque, y por fin que había establecido su cuartel general en Villafranca del Panadés, para estar á igual distancia de Tarragona y Barcelona, todavía en poder de los sicarios de aquel funesto mariscal.

La gran novedad, empero, consistía en el decreto dado por Napoleón separando del mando á su hermano y al pobre Jourdán y nombrando sucesor de ambos á Soult, con el título de lugarteniente general del emperador en España; es probable que el gran aficionado á cuadros confiase en ser coronado rey en vez de *Pepe Botellas*, ya que una vez se le había escapado la corona de Lusitania.

¡Lucido había quedado el triste José, declarado cesante sin más ni más!

Los españoles, empero, hicieron poco caso del tal nombramiento. Soult sabía que aquí se acostumbraba á derrotarle como en la Albuera ó hacerle perder los estribos como cuando iba á caza de la Romana, que le mareaba con sus *romerías* sin dejarse dar alcance.

Por otra parte, nadie ignoraba que las cosas de Napoleón iban en el extranjero de mal en peor, que tenía ahora en contra suya al Austria, pronta á declararle la guerra, como si no tuviese bastante con la que sostenía contra los rusos y los prusianos, y que no podía sacar de España ni un solo hombre, á pesar de que ya cuidábamos aquí de enviárselos haciéndoles repasar la frontera, como después de Vitoria. «ESTA SITUACIÓN,—dice el ardiente bonapartista M. de Norvins,—PRUEBA EVIDENTEMENTE QUE LA ESPAÑA FUÉ LA VERDADERA CAUSA DE LA CAÍDA DE NAPOLEÓN.» (Norvins, *Historia de Napoleón*, libro XVI, capítulo I.)